

### ***Quijote 1615: a veces segundas partes sí son buenas***

Francisco Layna Ranz  
(Middlebury College)  
Antonio Cortijo Ocaña  
(University of California)

Los personajes ya gozan de la plenitud que exige cualquier continuación. Comercio, ciudad y trabajo asalariado. Dispersión de la opinión, del mundo y de la identidad. Prudencia, armas de fuego y moriscos expulsados. Ese es el clima renovado del *Quijote 1615*. Muere Alonso Quijano y atrás queda la nobleza estéril, la defensa de Basilio y de su engaño necesario o la cueva de la que jamás saldrá certidumbre alguna. Las cosas han cambiado, sin duda, pero así ha sido desde un principio. Los cambios no se producen en el proceso, sino en el diseño inicial del relato. Diez años después de la primera parte, el cronista desea una verdad unificada y ajena a “las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia”.<sup>1</sup> No cabe en esta continuación mezclar berzas con capachos, como dice Sancho ante la noticia de un intruso y curioso impertinente en el libro de sus andanzas (II, 3, 652). El proyecto requiere un cambio seguro de rumbo y asumir riesgos que dejen en claro la seguridad de su propósito.

Hay muchas variaciones iniciales: el cambio de título, la mayor presencia de Cide Hamete como autor y garante del libro, los personajes que han leído la primera parte, la intervención de terceros en la manipulación del entorno vital del caballero...<sup>2</sup> Todos, sin duda, cambios notables que indican una necesidad de apartarse del camino ya recorrido. Esto es indudable, pero Cervantes introduce dos fundamentales que van a determinar el curso de los hechos narrados: el personaje colérico se transmuta en melancólico, variación que explica muchísimas de las acciones de esta tercera salida,<sup>3</sup> y la crónica histórica ahora se ve atendida a una mayor fijación, a una exigencia de unidad estructural.

Don Quijote ha aprendido en el proceso de su viaje a moderar su ira. En el paso de la primera a la segunda parte el hidalgo descubre que la única manera de ejercer la prudencia es, paradójicamente, mediante un ejercicio de la ira justa. Lejos ha quedado su desplante ante los pastores cuando Marcela proclama su libertad a ultranza y él se apresta a defender un paso honroso. La ira, en efecto, impele a la acción. Por ira se había movido la acción de san Pablo antes de tener su revelación camino a Damasco. Tras la misma el converso queda ya marcado y la modera por el ejercicio de la prudencia y la caridad. Pero llegará a proclamar, hecho ya hombre nuevo, que su vida fue un batallar (“certamen bonum certavi”) y un asirse a la defensa de la fe. Don Quijote experimenta un proceso de conversión semejante en el paso de la Primera a la Segunda Parte. Ha moderado su ímpetu y de la experiencia de sí y de otros ha sacado las lecciones que frónesis y sindéresis le conceden para llegar a su buena muerte, aunque sea a regañadientes. Como indica Cortijo (2016, 156)

para Serés (1996b) este tema central se subsume en la metáfora de la *vida como milicia*, de rancio abolengo, para cuya ejecución o puesta en práctica es necesario el ejercicio de una virtud natural, una especie de cólera o ira justa, ya sea en el amor, ya sea en la milicia.<sup>4</sup> Esta ira justa debe aliarse con la *virtus* en el ejercicio de la vida, es

<sup>1</sup> Cervantes. II, 3, 649.

<sup>2</sup> Luis Gómez Canseco. Sevilla Arroyo 13.

<sup>3</sup> Francisco Layna (2005) 248-264.

<sup>4</sup> Su antítesis sería la ira colérica o simplemente cólera, aquella que precisamente condena a la hoguera en el escrutinio de la librería al *Belianís de Grecia*: “Pues ése —replicó el cura—, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya” (I, 6).

decir en la *militia vitae*, aunando una idea plenamente humanista, de tradición aristotélica (y bíblica), pasada por el tamiz de Séneca. La literatura de pastores había presentado un imposible en el universo pastoril al enfrentar sin solución posible mundo y deseo. De él surgían los dos grandes peligros o monstruos de esta literatura, el salvaje y el *loco* furibundo de amor, el amante airado (*in malam partem*). Si la Arcadia ideal propone un estado paradisiaco, éste no es “humano”, al decir de Serés, pues a quien quiere ingresar en el mismo (“liberado de obligaciones sociales”) le obliga a comportarse de manera que debe despojarse de su *ethos*, “siempre exigible en las relaciones humanas, o sea, en la vida real.” En ese *antiparaiso* no vale de nada la *virtus*, que, “en la vida, se ha de aquilatar con la responsabilidad, forjarse ante la adversidad y templarse con la experiencia, con el dolor, y, en fin, con las pruebas a que continuamente se ve sometido el hombre ‘real’” (39). De hecho parece que en ese *antiparaiso* no sirven siquiera el libre albedrío ni la voluntad o la gracia, “pues en la Arcadia, o en la Naturaleza, no puede demostrarse la virtud.” Para la vida, dice Serés, se necesita templar la *virtus* en el ejercicio de la *militia*, pues no en vano Séneca decía que “vivere, Lucili, militare est” (*Epist. XCVI*), tras de lo cual late el mismo mensaje del *certare* paulino que antes hemos mencionado, o hasta el *dictum* del libro de Job: “Militia est vita hominis super terram.” (VII, 1) (ver Layna 2005, 49-50).<sup>5</sup>

Es precisamente en esta *militancia* donde cabe ejercer con provecho una ira justa (trasunto del *estar vivo*) que impele a la lucha, al valor para la victoria, condición que recoge el vocablo *porfía* entendida *in bonam partem*, siempre en amenaza—si no es templada—de llegar a convertirse en *pertinacia* o *porfía in malam partem*:

La ira (la potencia “irascible,” que diría un contemporáneo), aliada con la justicia, moderada, racionalizada y justificada a partir de Aristóteles (y Séneca), era una componente de la *virtus* y necesaria para la *militia*; [...] la otra gran pasión, el amor (la “concupiscible”), asimismo moderada y templada por el entendimiento, resulta ser provechosa, por el hecho mismo de que la esperanza de conseguirlo fortalece y dignifica al enamorado, le presta la necesaria *virtus*. (Serés 1996b, 53)

Ira y razón, pues, deben encontrar un justo medio, una sabia conjunción. Como indica asimismo Serés,

este camino nos llevaría a uno de los lugares comunes más importantes del Humanismo: la ira, aliada con la razón o con la prudencia, para enfrentarse a la fortuna. En otras palabras: la defensa de la capacidad individual, poniendo en juego todas las facultades, virtudes y *virtutes* “humanas” (teologales, cardinales y *naturales* u “orgánicas,” entre ellas la “irascible”), para hacer frente a lo indeterminado; o aun en otras: la defensa del libre albedrío, que, arropado con una actuación virtuosa y provisto de los medios necesarios, no debe temer ningún embate de la fortuna; incluso debe negar su existencia. (47-48) (ver también Layna 2005, 85-110)<sup>6</sup>

<sup>5</sup> La vida como certamen remite al concepto del *certamen bonum certavi* (2 Tim. 4, 7: “bocum certamen certavi [...] fidem servavi”) de san Pablo. Calderón de la Barca basará en este texto y en esta idea de la vida como palestra y de ejercicio de la milicia airada (justamente) uno de sus autos sacramentales, *El sacro Pernaso* (ver introducción de Cortijo ed., junto a la abundante bibliografía).

<sup>6</sup> “La ira, aliada con el furor, es un componente (ya derive hacia la prudencia, ya hacia la valentía) básico del prototipo renacentista. Y lo es, entre otras cosas, porque es la única que, aliada con la prudencia (nada más fácil en la teoría de Huarte: la “melancolía por adustión”), puede enfrentarse a la fortuna, incluso desplazarla o reemplazarla.” (Serés 1991, 18).

En la primera parte don Quijote y Sancho quedan excluidos de los asuntos graves, como exigía el decoro neoclásico. En la segunda parte todo o casi todo es sometido a su juicio, y ya ocupan un lugar preeminente como comentaristas y observadores de su derredor inmediato. Esto quiere decir que se desvanecen las lindes que segregaban las digresiones de la acción principal.<sup>7</sup>

Don Quijote tiene en mente y corazón una nueva salida. Es una decisión rodeada de tristezas y melancolías que van a pautar a un don Quijote amarrado y con el ánimo para poco. Cuando caballero y escudero llegan al Toboso en búsqueda de la más deseada bendición para su nueva aventura, un Sancho arrinconado por el compromiso propone a su señor que se embosque en alguna floresta cercana mientras él busca el alcázar o los palacios de Dulcinea. Don Quijote acepta esperando “más que milagrosos favores” de su señora (II, 9, 699). Sus últimas palabras para despedir a Sancho son claro indicio de su estado de ánimo: “Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas” (II, 10, 701). ¿Mejor ventura que la que espera de alcanzar el mejor de los dones? ¿Qué es lo que teme? ¿Por qué amarga soledad cuando debería ser la más feliz de las soledades que pudiera concebirse? Una vez que Sancho varea su rucio y sale no sabe en dirección a dónde, el narrador nos perfila de nuevo la imagen de un hombre abatido por la melancolía:

Y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba.

Se me podrá decir que en un texto tan poco escrupuloso con cuestiones de coherencia interna, la tristeza que don Quijote siente en el Toboso funcionaría a modo de preámbulo de un encantamiento devastador. Pero también se podría decir que lo que persigue ese encantamiento es ahondar en una melancolía previa sin causa alguna que la justifique. O lo que es lo mismo: ir dando motivos a don Quijote para que ratifique su recién estrenado temperamento.

Todo esto ya lo he contado con pormenor en otra parte.<sup>8</sup> Cervantes desea un cambio fundamental en su personaje. Y el mejor modo de reorientarlo hacia otros caminos es a través de una absoluta transformación de su temperamento: “Si en la Primera Parte la locura es el renglón maestro sobre el que desarrollar la historia de don Quijote, y así efectivamente se lleva a cabo, en esta Segunda Parte, la melancolía es el patrón que guía el curso del relato. En la Primera, si se quiere, formaba parte de la locura y del afán por imitar unos modelos de comportamiento. Pero en la Segunda, la melancolía es el nuevo renglón sobre el que desarrollar la trayectoria del héroe, es el punto de partida, inicial y absoluto, de un proceso hacia una conducta prudente. Esto no supone ir en dirección a la cordura, puesto que don Quijote sigue loco hasta el último instante. En la Primera Parte todo consistía en la fidelidad a lo creído. En la Segunda, don Quijote no se va haciendo melancólico a medida que avanza hacia su final, sino que lo es desde un principio como señal de un muy significativo cambio de rumbo. El naufragio del ‘yo’ que don Quijote va a padecer es efecto de una predisposición temperamental, y se produce dentro de los límites de la locura, ahora entendida como elemental conformidad con lo que le ha venido definiendo. En la Primera Parte ser loco es similar a ser soberbio, inapetente o manchego, rasgos que definen su modo de obrar y de

---

<sup>7</sup> Layna (2016).

<sup>8</sup> Layna 2005.

pensar, pero sin mayor trascendencia. Sin embargo, en la Segunda ser melancólico es el germen de una crisis, de una inmersión en el desorden de su propio ser.”<sup>9</sup>

En el primer capítulo de 1615 don Quijote declara que ya no hay en el mundo caballeros andantes, únicamente perviven los cortesanos a los que les crujen los damascos y brocados (II, 1, 633). Esto siempre querrá indicar que el caballero se reconoce a sí mismo como una especie en vías de extinción. El último ejemplar, en definitiva, de una extirpe. Sin embargo, al poco de echarse a andar se encuentra con el Caballero del Bosque. Este primer encuentro supone, pues, que don Quijote no es, como él creía, el último espécimen de la caballería andante. La conversación discurre por los cauces habituales entre héroes: amadas y proezas. El del Bosque asegura haber vencido a un otro don Quijote a requerimiento de su enamorada Casildea. La reacción es la primera formulación del problema de los dobles:

De que vuesa merced, señor caballero, haya vendido a los más caballeros andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido a don Quijote de la Mancha, póngolo en duda. Podría ser que fuese otro que se le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan (II, 14, 736)

Dicho a modo de recapitulación: tenemos un don Quijote equivocado en el espejo de un don Quijote derrotado. Sólo en el espacio del sueño podrá don Quijote imaginarse figura mesiánica. Y lo hace confundiendo el espacio de la conciencia con el del subconsciente. En el palacio encantado donde reposa Durandarte Montesinos le proclama *alter Christus* y don Quijote sale renacido de la experiencia. Le vemos por un momento fugaz volver a sentirse vivo cuando se ve figura mesiánica que llega a la Gehenna, a la morada de los justos que esperaban la venida del redentor, de la figura salvífica que les liberase de sus ataduras y les condujese a la gloria de Dios Padre. Pero ni el primo ni Sancho creen tamaña construcción. De hecho no lo cree ni siquiera Cide Hamete, que proclama, por vez primera en la novela, que el episodio tiene todas las trazas de ser apócrifo. En el deambular subsiguiente del héroe caballeresco por sus aventuras llegará incluso a un punto en que él mismo se pregunte por la veracidad de su sueño, que es lo mismo que estar a las puertas de dudar sobre Dulcinea, aunque para entonces Sancho mismo tome el relevo y se autoconvenza de la verdad de la cueva. Cervantes nos ha complicado más aún si cabe la comedia de errores de la vida quijotesca cuando éste ve a Dulcinea en el sueño del mismo modo como Sancho la inventó e imaginó. De las mentiras de Sancho salen las verdades de don Quijote; de las mentiras de don Quijote, o de sus sueños, saldrán luego las verdades de Sancho. Sobre semejante andamiaje es imposible que el mundo de ambos fructifique, porque al fin se dan cuenta que la fantasmagoría de cada uno reposa sobre la existencia de la del otro. Son, pues, un mundo propio y autocontenido los dos personajes que necesita de la retroalimentación mutua para poder seguir subsistiendo.

Cervantes ha aceptado sumergir a su personaje en un marasmo de errores para, de esa manera, dejar en evidencia que jamás aceptará la deshonra de una cárcel, de un manicomio o de una rendición humillante. Si el Quijote espurio declaró, en señal de claudicación, que Casildea de Vandalia era más hermosa que su Dulcinea, y si el final de sus días fue el hospital de locos de Toledo, el don Quijote cervantino preferirá morir antes que reconocer la existencia de mujer que supere a la verdadera Dulcinea y dejará el mundo, cuerdo y arrepentido, en una canónica ceremonia de bien morir.<sup>10</sup> Avellaneda, claro está, es el culpable único de este horizonte de geminaciones. Podríamos decir, solicitando venia para hacerlo, que

---

<sup>9</sup> Layna (2005) 263.

<sup>10</sup> Layna 2012.

nos la jugamos con un primer ejemplo de un Doppelgänger mínimamente definido.<sup>11</sup> Pero lo más notable del caso es comprobar que el libro apócrifo afecta en profundidad al diseño compositivo de Cervantes. Sin duda, se sirvió de Avellaneda para levantar una obra integralmente nueva, distinta a la del imitador, pero también distinta a su primera parte.<sup>12</sup> Y ahí está la jugada maestra de Cervantes: con toda probabilidad le llegaron tarde las páginas del *Quijote* apócrifo, pero supo, en perfecta y rápida labor de taracea, insertar una reacción asombrosa desde cualquier ángulo interpretativo que se contemple.

“Álvaro Tarfe, personaje trasvasado del falso *Quijote*, afirma ante alcalde y escribano su propio ser, para que tal declaración sea proveída jurídicamente. Poco seguro de sí ha de estar quien necesite de acta notarial para otorgarse una identidad.<sup>13</sup> Pero, además, este personaje lo complica todo hasta límites insospechados, puesto que Álvaro Tarfe significa la confirmación del impostor: alguien que dice ser don Quijote, cuya vida queda ya recogida para siempre en un libro y que tiene lectores que, como de hecho sucede, confunden a uno y a otro Quijote.<sup>14</sup> El propio Álvaro Tarfe ratifica la complejidad de lo que sucede al creer que él también ‘debía estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes’ (II, 72, 1208), explicación, por otro lado, muy adecuada al caso.<sup>15</sup> El asunto es muy serio: don Quijote ya no tiene que defender ante los demás su condición de caballero andante, sino la de agente de su propia acción.”<sup>16</sup> Son defensas en verdad muy distintas.

La pregunta ante tal situación es muy elemental: “¿Por qué don Quijote no va tras él y lo vence en justa y pública pelea para que reconozca su impostura? Si Cervantes hubiera querido una venganza definitiva, ¿qué mejor que su personaje dejara en evidencia la falsedad de quien intentó usurparle la identidad? Si así no lo hace, lanzándolo por unos vericuetos que trastornarían al más seguro de sí mismo, querrá indicar un deseo de inmersión en la complejidad del “yo soy”. Si en 1605 esta complejidad se atuvo a cuestiones textuales (autores, narradores, fragmentación de la escritura), en 1615 se atiene a cuestiones relativas a la identidad de los sujetos (multiplicidad de Quijotes, Sanchos, Dulcineas, Tarfes)”<sup>17</sup>. ¿Cómo no pensar que la dispersión de la identidad es la partitura maestra de la entrega de 1615?

Y es el momento, entonces, de anudar hilos que en el curso de la narración se han ido quedando en el camino. El trastorno que pueda causar en el personaje la aparición de un doble incide directamente en el diseño compositivo de la continuación cervantina. Si al final todo explota en una trascendente quebradura de la identidad de quien salió al mundo pleno de seguridades, al principio la duda se expande hasta la propia existencia del *Quijote* inicial:

Pensativo además quedó don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla

<sup>11</sup> Ver Cortijo 2016 para un análisis del concepto de ambigüedad y ambivalencia en don Quijote. Utilizando el concepto heraclítico de *enantiodromía* y la teoría psicológica del *pensamiento dialéctico*, don Quijote puede verse como incapaz de seguir una lógica aristotélica de la contradicción o disyuntiva, sino inclinado a mantener un concepto de sí mismo que se antoja fluido y en permanente ambivalencia, una conciencia dinámica en suma.

<sup>12</sup> Gómez Canseco.

<sup>13</sup> Coincido con Fernando del Paso cuando afirma que Cervantes trata a Álvaro Tarfe “no como al personaje de un libro falso, sino como al personaje verdadero de una verdadera crónica basada en la historia de un Don Quijote falso” 94.

<sup>14</sup> Véase Wilhelmsen.

<sup>15</sup> Edward C. Riley. “Quién es quién en el *Quijote*. Una aproximación al problema de la identidad”. En *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posterioridad literaria*, ed. cit., pág. 47 (art. publicado antes en *MLN* 81 (1966): 113-130). Lo que allí sucede lo explica muy bien Fernando del Paso: “La sola firma de Tarfe al pie de su juramento, lo invalida. Es como su dijera: «Yo no soy Yo. Firma: Yo»”. *Viaje alrededor de “El Quijote”* 97.

<sup>16</sup> Layna (2005) 381-382.

<sup>17</sup> Layna (2005) 383.

de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. (II, 3, 646)

Pero estamos ante un mundo tensionado, donde no en vano la *ira* debe templarse porque podría, de lo contrario, dominar en su afán *militante* al ser humano en su conjunto. Serés sitúa en el contexto de la claudicación/evolución al respecto de la ira el *camino vital* de don Quijote, que acaba su proceso vital dejando de *vivir*, esto es, de *militar*:

En efecto, ya estará al acecho, buscará la confirmación de la mayoría de sus actos; procederá, en suma, con cautela. Participará, por todo ello, de las cualidades y del carácter de Guzmán de Alfarache o de Critilo: se fijará más en la “malicia” ajena que en su propia “milicia.” Ha dejado de ser un “virtuoso” caballero; se convertirá, más bien, en un héroe “cauteloso” (dubitante, precavido, metódico...); en un hombre solo como Guzmán o Critilo, que asiste pasivamente a la “maliciosa” representación del mundo que los demás personajes (Merlín y Durandarte, Sansón Carrasco, los duques, etc.) le preparan, un héroe que ya no “milita.” (Serés 1991, 20)

Como solución solo queda el recurso del encantador. Ya no hay, por tanto, una absoluta seguridad ni sobre la historia ni sobre los que la habitan. Ahí queda trazado el nuevo recorrido, el nuevo renglón sobre el que hacer discurrir a los personajes, al frente de todos el caballero. Para la fijación de su crónica histórica Cervantes lleva bien aprendida la lección de los Fox Morcillo, Cabrera de Córdoba, etc. (Cortijo 2000). Los sucesos deben llevar un desarrollo cronológico y deben especialmente marcarse los antecedentes y consecuentes de las acciones, amén de explicar su consecución causal. Pero ello mismo incide sobre el papel soberano del historiador como constructor de verdades más que sobre testigo de verdades. El mismo caballero reconstruye su identidad de maneras muy diversas y hasta contradictorias porque como historiador de sí mismo desde que conoce al de Tarfe ha perdido el rumbo seguro (aunque alocado) de un narrador que le guíe por el camino de la verdad. Ahora debe él mismo construirla, fabricarla, crearla, al modo como lo intenta con su sueño en la cueva de Montesinos donde nos traza una línea directa que va de Merlín a don Quijote pasando por Durandarte-Montesinos. Es el mismo procedimiento que señala a Cristo como descendiente de la casa de David en los Evangelios y que prepara un modo de lectura en clave tipológica.

Los capítulos finales, esos capítulos que tanto han desconcertado por introducir en los momentos últimos asuntos de enorme significación, se enlazan magistralmente con unas páginas iniciales en las que ya quedan formuladas los vaivenes de una conciencia resuelta en libro. Después de redactar el testamento, el escribano, la misma instancia burocrática del estado mediante la cual quiso desligarse del espurio, afirma “que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote” (II, 74, 1221).

Un final ejemplar anunciado en el prólogo de 1615: don Quijote muerto y finalmente sepultado. La muerte de don Quijote es todo un proceso, como afirmaba Erasmo.<sup>18</sup> Un proceso en el que la primera parte y la continuación de Avellaneda juegan un papel esencial. Y el libro es la prueba que lo culmina.

<sup>18</sup> “Toda esta vida no es sino una carrera, y no muy larga, para la muerte” (Erasmo 220). Véase Layna 2012.

**Obras citadas**

- Cervantes Miguel de. Francisco Rico ed. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Crítica, 1998.
- Cortijo Ocaña, Antonio. *Mesianismo, epifanía y resurrección en el Quijote*. Madrid: Polifemo, 2016. En prensa.
- . *Teoría de la historia y teoría política en el siglo XVI. Sebastián Fox Morcillo: De historiae institutione dialogus*. Alcalá de Henares: Universidad, 2000.
- Erasmus. Bernardo Pérez de Chinchón tr. Joaquín Parellada, ed. *Preparación y aparejo para bien morir*. Madrid: Fundación Universitaria Española, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000.
- Gómez Canseco, Luis. “De 1605 a 1615: Relaciones y dependencias textuales.” *Antología crítica del Quijote*. Centro virtual Cervantes. [http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/canseco.htm](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/canseco.htm)
- Layna Ranz, Francisco. *La eficacia del fracaso. Representaciones culturales en la Segunda Parte del Quijote*. Madrid: Polifemo, 2005. 248-264.
- . “Una decisiva anécdota para entender el episodio de la liebre y la jaula de grillos (DQ II, 73”. *eHumanista/Cervantes* 1 (2012): 226-251.
- . “Cueva de don Quijote y sima de Sancho: las entrañas de una purgación ejemplar en el diseño compositivo del *Quijote* de 1615”. En *El Quijote desde América (segunda parte)*. Arequipa, Perú, 19-22 de agosto 2015. Navarra: Universidad de Navarra, Griso, 2016 (en prensa)
- Paso, Fernando del. “El salto inmortal de Don Álvaro Tarfe o El complot de Argamesilla de La Mancha”. En *Viaje alrededor de “El Quijote”*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Riley, Edward C. “Quién es quién en el *Quijote*. Una aproximación al problema de la identidad”. En *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posterioridad literaria*. Barcelona: Crítica, 2001. 31-50.
- Serés, Guillermo. *La transformación de los amantes*. Barcelona: Crítica, 1996a.
- . “La ira justa y el templado amor, fundamentos de la *virtus* en *La Galatea*.” *Bulletin Hispanique* 98.1 (1996b): 37-54.
- . “Milicia-Malicia” en el Siglo de Oro: de la “*virtus*” a la cautela.” *Scriptura* 6-7 (1991): 15-23.
- Sevilla Arroyo, Florencio. “*Don Quijote dilatado* en 1615”. *eHumanista/Cervantes* 4 (2015): 1-25.
- Wilhelmsen, Elizabeth. “Don Álvaro Tarfe: ¿ente fantasmal o hecho ficticio”. *Anales cervantinos* 28 (1990): 73-85.